

Más Transformaciones en Materia Económica

Lentitud Política

- ★ Los Cambios Difíciles han Sido Pospuestos, por hoy
- ★ Ha Avanzado la Revolución Neoliberal con Rapidez
- ★ El Estado Autoritario, Producto de Prácticas muy Añejas

LORENZO MEYER

En la Unión Soviética, como en México, las fallas económicas de las burocracias estatales llevaron a que sus respectivos sistemas sociales —ambos producto de

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

10-A EXCELSIOR Miércoles 25 de Abril de 1990

L E N T I T U D

Sigue de la primera plana

sendas revoluciones sociales— sufrieran una crisis general. En la búsqueda de una solución reformista a las crisis, que eliminen los obstáculos al desarrollo económico pero que mantengan los privilegios de las élites gobernantes, México y la URSS han recorrido caminos donde las prioridades han sido distintas. En la URSS, Mijail Gorbachov y su grupo han logrado introducir reformas políticas sustantivas y de importancia mundial. Sin embargo, en el campo económico, los reformistas soviéticos han avanzado muy poco. En contraste, en México, los grandes cambios que ha introducido la tecnocracia reformista han sido justamente en el campo económico pero en el político las tran-

formaciones de fondo han sido pocas, por no decir ninguna.

Para explicar lo anterior proponga esta simple hipótesis. Las élites reformistas soviética y mexicana han avanzado más rápidamente en aquellas áreas donde las dificultades a la puesta en marcha de sus proyectos (resistencia de los intereses creados, inercias, falta de conocimiento, errores en la ejecución, etcétera) aunque considerables, han sido relativamente menores: la política para los soviéticos y la economía para los mexicanos. Los cambios más difíciles han sido pospuestos, y eso explica la ausencia de una verdadera reforma política en México.

En un artículo aparecido en Excélsior el lunes de la semana pasada se dijo que en el reloj del salinismo

son apenas las 5:30 de la mañana. En sentido estricto esa afirmación es válida, pues en el día sexenal salinista es aún temprano, ya que apenas ha transcurrido una quinta parte del tiempo. El período presidencial sigue siendo todavía más promesa que realidad y, por tanto, se puede suponer que aún hay tiempo para enfrentar la parte más difícil de la reforma mexicana: la política. Sin embargo, visto desde otra perspectiva, resulta que ya pasamos el mediodía y que estamos como a las dos de la tarde... ¡y la tarea política aún está por iniciarse!

Esta perspectiva en donde el tiempo apremia, parte del siguiente hecho: una de las peculiaridades del actual proceso político mexicano es la ausencia de rup-

turas entre el sexenio anterior y el actual: el segundo ha resultado una continuación y ahondamiento de los procesos iniciados en el primero. Así pues, los dos sexenios forman, en realidad, un todo muy coherente y son meras caras de un solo proyecto al que podríamos llamar "la revolución dentro de la posrevolución por la vía del neoliberalismo". Visto así, el grupo delamadridista-salinista tiene, por tanto, un período de 12 años para hacer realidad su proyecto, pues a partir de diciembre de 1994 corre el riesgo de que su obra sea sometida a revisión. Si se adopta esta perspectiva, entonces ya no es tan temprano como algunos suponen, pues el sol del neoliberalismo mexicano ya pasó por el cenit.

En la relación entre tiem-

po y metas, no hay duda que en el plano económico la revolución neoliberal dentro de la posrevolución mexicana ha avanzado mucho. El papel económico del Estado se ha modificado hasta el punto de ser hoy casi la antítesis de lo que fue desde los años treinta hasta 1982. En la actualidad, las fuerzas que determinan el complejo movimiento de los factores de la producción en México son ya básicamente las del mercado —de un mercado que cada vez es menos nacional y más internacional— y no las decisiones políticas de un enorme aparato corporativo y autoritario centrado en la presidencia de la República. El proyecto económico nacional desde el alemanismo hasta el lopezportillismo —la creación de una industrialización diri-

gida por las políticas e instituciones gubernamentales y dominada por el capital y las demandas nacionales con objeto de mantener la independencia relativa de México frente a Estados Unidos— es hoy una idea totalmente obsoleta.

Pero si el sistema económico mexicano de 1990 es ya muy diferente —y cada día lo es más— de aquel que recibieron en medio de una crisis los tecnócratas delamadridistas - salinistas, el sistema político, en cambio, no ha cambiado tanto. Es más, aunque muy maltratado en relación a lo que fue en sus momentos de gloria, ese sistema político sigue siendo, en esencia, el mismo de 1982 o, para el caso, el mismo de hace muchos años. En resumen, el sistema político mexicano sigue fiel a su esencia autoritaria y profundamente antidemocrática. Y es que si bien el Estado económicamente obeso que ha sido transformado por la modernización es resultado de políticas que tienen apenas medio siglo de vida, el Estado autoritario es producto de prácticas y actitudes que tienen siglos de existencia.

Sea por lo que fuere, el hecho claro es que la dolorosa aparición de una verdadera economía de mercado —dolorosa en términos de su enorme costo social— no ha tenido su contraparte en el área política. En efecto, seguimos inmersos en un sistema donde no hay un "mercado político" sino un monopolio ininterrumpido del poder por parte de un grupo cada vez más reducido, y cuyas raíces se echaron allá en el segundo decenio del siglo, tras el triunfo del carrancismo. Desde la derrota del villismo y el zapatismo, ese grupo se ha renovado biológicamente pero no estructuralmente ni, menos aún, mentalmente. Desde su origen, este grupo se las ha arreglado para frustrar todos los intentos que la sociedad mexicana ha hecho para abrir el ejercicio del poder político al juego de los partidos y la competencia, y para hacer de las elecciones el punto de partida

de la legitimidad gubernamental.

La gran revolución neoliberal del delamadridismo salinista se ha hecho usando todo el poder acumulado por la presidencia pero prescindiendo cada vez más del PRI —el partido del Estado— de sus sectores y organizaciones, por ser incompatible su modus operandi con la modernidad. En estas condiciones, el apoyo fundamental para llevar adelante el cambio económico forzado por la crisis, lo ha logrado la presidencia mediante el apoyo de la burocracia federal (entre el que ahora destaca el del ejército), con el establecimiento de una alianza con las cúpulas de los grupos financieros y empresariales, con lo que queda del movimiento obrero oficial, con la Iglesia, con la cúpula de la oposición de centroderecha (PAN), con el capital externo y con los gobiernos de las grandes potencias, en particular con el de Estados Unidos.

La alianza de los tecnócratas modernizantes con el gran capital nacional y el extranjero, con la Iglesia y con lo que queda de Fidel Velázquez, etcétera, puede permitir a la élite política sacar las castañas del fuego en la coyuntura, pero en el largo plazo no hay sustituto a la existencia de un partido del gobierno adecuado al proyecto modernizador, es decir, un partido no corporativo y que sea capaz, realmente y por sí mismo, de ganar elecciones de manera creíble. Ese partido no existe, ni hay la seguridad de que exista cuando su presencia resultará indispensable: en las próximas elecciones presidenciales.

Los partidos políticos son parte de un todo mayor: de un sistema. El México moderno, cuya dirección pretende hacerlo el socio menor de un bloque económico de la América del Norte, necesita un sistema de partidos, si no por otra cosa, al menos para ponerse a la altura política de la economía con la que se está integrando: con la de los Estados Unidos. El México moderno y plural que

se busca, requiere de ese sistema de partidos para dirimir los conflictos entre clases y grupos por la vía civilizada y no disruptiva de los votos ni de las balas. Ese sistema aún no existe, pues a la ausencia de un partido del gobierno hay que sumarle la falta de un partido de centro-izquierda. A la izquierda pacífica —la electoral— se le ha obstaculizado sistemáticamente en su proceso de organización, como si se pretendiera llevarla a optar por la vía que no desea: la de la marginalidad violenta.

★

Finalmente, poco se ha avanzado en crear una cultura cívica que vea en los resultados electorales una expresión confiable y legítima de la voluntad nacional. Es incomprensible que en países con menores recursos materiales que México, como Nicaragua, Ecuador o Perú, sea posible obtener resultados electorales inmediatos y confiables, en tanto que aquí los sistemas de cómputo "se caen" en el momento culminante o los resultados tardan semanas en aparecer, tardanza que inevitablemente los hace poco creíbles. Hasta ahora, el proceso de formulación del nuevo código federal electoral —ese donde un partido con menos de la mitad del voto popular puede lograr la mayoría absoluta en el Congreso— o del padrón electoral, no parecen ser el más adecuado para construir la credibilidad del proceso político democrático que es imprescindible en cualquier modernización verdadera.

En suma, no hay por qué dejarse llevar por las apariencias de que aún es muy temprano en el tiempo político del sexenio. Es más prudente suponer que ya se hizo un poco tarde en la arena política del proceso modernizador del neoliberalismo, y que es indispensable enfrentar sin rodeos el hecho de que el cambio económico mexicano aún carece de la base política institucional que se requiere para una evolución social sana en el largo plazo y que supere el autoritarismo ancestral.